



Introducción

La historia del medio, ambiente

Todo tiene una historia. Incluso, conceptos presuntamente tan modernos como el medio ambiente. Aun, vocablos tan equivocadamente denominados, en castellano al menos, como "medio ambiente", una redundancia que a esta altura todos toleran/toleramos. El concepto "medio ambiente" es una repetición, (reiteración, redundancia) una grosería lingüística, un barbarismo que se repite sin ninguna autocrítica gramatical. Podrá decirse que las barbaries del lenguaje que se heredan, que se conservan, que se impregnan en el vocabulario, deben terminar por ser aceptadas por aquello del "uso y costumbre", y porque siempre tiene más valor la palabra que se adhiere a la cultura popular (y que configura cultura) que aquélla que se predetermina en el sofá de una augusta oficina. Pese a eso, es una redundancia que solo puede tramitarse como anécdota.

Pero ¿hablamos de la historia del medio ambiente o de la historia del concepto? Porque ocurre que, como todo, la historia de un hecho y la de su denominación no siempre van unidas, no siempre registran una simultaneidad. Más aún, uno está tentado a inferir que

siempre la historia de un hecho es anterior a la de su denominación, puesto que algo recibe un nombre una vez que existe y, lógicamente, eso brota de una existencia anterior para la cosa que para el nombre que finalmente le es dado. Aceptado por imperio del sentido común que algo es anterior a su fe de bautismo, también debemos reconocer que la denominación que reciba condiciona altamente su trayectoria. De ahí que para analizar la historia del medio ambiente sea obligatorio –y no por mera arqueología lingüística– detenerse en la anécdota de su bautismo.

Seamos arbitrarios, y por qué no discrecionales, y comencemos por la historia de la denominación, la curiosa y equivocada historia del nombre. Si entendemos por medio ambiente (apenas por citar una definición inicial propia del primer curso de ecología al que acceda cualquiera interesado en la materia) la intersección entre los organismos vivos y el ámbito geográfico en que se desarrolla su actividad, no habrá que ser demasiado agudo para comprobar que ese vínculo existe desde que hay organismos vivos que establecen su accionar (reproductivo, trófico, lúdico) sobre un espacio determinado. La misma agudeza nos permitirá descubrir que tal hecho (esa intersección, esa relación entre el ser vivo y su lugar) es indiscutiblemente anterior al nombre que se le ha dado. Ergo: el medio ambiente existe antes de que se lo bautizara.

Alguno a esta pequeña altura del relato se preguntará por qué este señor se ensaña en hablar (o escribir) de medio ambiente y no de ecología, la palabra que designa la ciencia que estudia aquella intersección de la que hablábamos (o escribíamos).

Permítaseme una pequeña (o no tanto) digresión respecto de ambos términos. O, mejor dicho, de lo que estos términos connotan.

A lo largo de este trabajo hallaremos con exactitud la definición –que ya todos sabemos casi de memoria– que llevó a darle el nombre de ecología a la ciencia que estudia (seamos superficiales) la

relación entre los seres vivos y su ambiente. Sabemos también que Ernst Haeckel, un alemán de convicciones menos progresistas que aquéllas que siglo y medio más tarde desembocaron en la militancia derivada del término que acuñó, fue quien utilizó el concepto griego *oikos* (que significa algo así como "casa" o "lugar habitado") para designar la disciplina que estudia esa interrelación. Haeckel quiso hallar una forma de denominar el funcionamiento de "lo natural", de aquello que, de acuerdo con las "leyes eternas de la naturaleza", permitía o avalaba que las golondrinas recorrieran el mundo buscando el verano o los salmones viajaran a contracorriente para garantizar su descendencia. Según Haeckel, esas leyes de la naturaleza determinaban el cómo y el dónde de aquella interrelación. Y esas leyes debían –en una extrapolación riesgosa, como veremos más adelante– explicar también el vínculo de la humanidad (al cabo conformada por seres vivos con historia "natural", según Haeckel) con la naturaleza. El propósito de la configuración del concepto "ecología" según su autor era la persecución y obtención de la armonía, la misma que se verifica en el bosque entre árboles, ardillas y pájaros. Y la pertinencia filosófica de la creación de aquella disciplina era trasladar aquella armonía a la sociedad que, según Haeckel, para alcanzar su felicidad debía regresar a sus fuentes, es decir, a la naturaleza.

Pero lo que queremos contar en este tramo no es la historia de una ciencia, sino la historia de un concepto, de una subjetividad. Cuando se habla de ecología, espontáneamente se piensa en un sujeto integrado a un laboratorio –o a un libro o a un trabajo de campo– y en una persona que analiza, estudia, vincula el mundo "exterior" al hombre; nos referimos a ese mundo que –si fuera posible escindirlo del anterior– integran solo los animales, las plantas y las locaciones inertes en que éstos viven, se reproducen, anidan, crecen, se depredan, se descomponen y finalmente mueren. El hombre, en

ese mundo supuesto, en ese mundo recortado "académicamente", es apenas un observador, un espectador y, solo eventualmente, un agente que agrega distorsión o ruido en el momento en que se incorpora. La ecología en tanto ciencia y en tanto concepto, tal como la acuñó su creador y sus seguidores, recorta solo el mundo natural, ya sea porque se pretende que la sociedad aprehenda y copie ese funcionamiento para obtener armonía en el suyo propio o porque sus leyes (las sociales) son ajenas (diferentes, diríamos nosotros; peores, señalaría Haëckel) a las de la naturaleza.

La denominación "medio ambiente", en cambio, conlleva otra mirada, refleja otra evocación en la percepción de aquello en quien es destinatario de algún comentario con ese término.

No es lo mismo hablar de muerte que de crimen, aunque el resultado (para el que muere) sea el mismo. En la muerte a secas, al menos desde la comprensión que provoca en quien escucha el vocablo, la única persona que interviene es la que muere. La palabra muerte da una idea de ausencia de otros, amén del protagonista. Por el contrario, el crimen obligatoriamente integra a otro. Otro hombre ya está allí incorporado—desde la subjetividad— como una instancia ineludible para que el crimen sea efectivamente ejecutado: no hay asesinato si no hay asesino, aunque puede haber muerte sin que participe un tercero.

La distancia entre la ecología y el medio ambiente puede, desde la mirada subjetiva, hallar un paralelismo con la muerte y asesinato. La ecología—subjetivamente, insisto— no parece necesitar al hombre más que como observador, como sujeto pasivo, como aquél que con su mirada legítima (porque la ve y la puede describir) la existencia de una interrelación entre los seres vivos y el ambiente, entre los animales, las plantas y su entorno. Más todavía, la concepción más purista de "ecología", de algún modo reciclada actualmente en la llamada "ecología profunda", ubica al hombre como aquél que

debe apenas observar y aprender de ese funcionamiento "equilibrado" de la naturaleza para copiarlo y trasladarlo a la sociedad.

El medio ambiente, en cambio, necesita –para tener sentido– al hombre como protagonista. En el medio ambiente el hombre es protagonista.

Inicialmente, la palabra medio ambiente (cuya curiosa y redundante etimología vamos a describir en pocas líneas más) parecía haber nacido para denotar la existencia de un entorno: "lo que nos rodea, lo que nos contiene, aquel espacio en el que estamos". Tenía, así, una adjetivación predeterminada: el medio ambiente es inerte, así como la suerte es buena. "Cuidemos el medio ambiente", se decía –y se dice– como si fuera un hecho ajeno, exterior. La evolución que todo concepto necesariamente padece (y digo padece pues la evolución no es por definición buena, como la suerte) alcanzó para que el medio ambiente agregara al hombre de una u otra manera en lo inescindible de su definición. El medio ambiente responde (hasta se podría decir que es consecuencia) de la existencia del hombre: no parece haber medio ambiente –siempre subjetivamente hablando– cuando se trata de una colonia de grullas. Las grullas (o los gorilas o las orquídeas) tienen hábitat, entorno, nicho, aquello que estudia la ecología. El hombre, la especie humana o mejor dicho la humanidad, concepto más humanizado –o antropizado– que el de especie humana, tiene medio ambiente.

Puede por eso hablarse de "cuidar el medio ambiente", dado que el verbo cuidar habla de una acción deliberada, meditada, decidida, que el hornero –aún cuando modifique el espacio físico con sus nidos– no tiene. Se puede entonces hablar de cuidar porque hay un (supuesto) deliberado grado de conciencia al que le es exigible el acto de cuidar. Y si se habla de cuidar es porque también hay posibilidades de señalar el acto anterior (potencial o real) de dañar, al cual lo prosigue el acto de cuidar. Lo deliberado es el accionar que no

mide las consecuencias, que previamente no fija la mirada en el hecho de que puede estar haciéndose algo que después obligue a elegir el verbo "cuidar" (o proteger o remediar o cualquiera que aparezca en los diarios cada día) para referirnos al medio ambiente.

Pareciera que al hablar de ecología y medio ambiente alcanzara con establecer la diferencia entre una ciencia y un concepto social. Es posible, aunque no alcanza a configurar la totalidad de una respuesta. De ahí que las palabras que denotan una ciencia, una disciplina, un objeto de estudio, tengan una evolución de menor intensidad que aquellas que revelan una instancia social. La física denota desde siempre un significado similar; son las relaciones sociales que devienen de su avance las que permiten hablar de una evolución en el concepto.

Por esto es diferente hablar de una historia de la ecología que hablar de una historia del medio ambiente.

Una historia de la ecología implicaría explicar cómo han sido estudiadas desde tiempos inmemoriales las relaciones que se dan al interior de la naturaleza: de por qué tal especie es predadora de tal otra y no de la de más allá; de cómo el término ecología derivó en la delimitación arbitraria y parcial de un ecosistema como abstracción para el estudio y de cómo luego de pasó a definir un ecotopo o determinado concepto de ecología vegetal. Una historia del medio ambiente obliga –y es necesario puntualizar, subrayar, resaltar el verbo obliga– a incorporar la dimensión humana no en calidad de observador sino en calidad de perturbador de la naturaleza, en su condición de instaurador de ámbitos e intersecciones que de no mediar la participación humana no serían tales, no existirían. Pensemos: ¿existiría la contaminación sin la intervención del hombre? Esto de ninguna manera hace culpable al hombre en tanto género; apenas explica.

Descartando que para esta pregunta el lector haya dado la respuesta correcta es que hablamos de historia del medio ambiente.

Puede, si se recorre la historia desde algún arbitrario comienzo de la misma, que estemos refiriéndonos a la evolución de la relación entre la sociedad y la naturaleza. Pero para eso, lamentablemente, habrá que definir en qué momento podemos considerar "sociedad" a la especie humana y deberemos sobreponernos a demasiados supuestos para estar de acuerdo en que pueden ser asimilables al mismo concepto de "sociedad" la civilización medieval europea que visualizaba lo exterior como el ámbito a temer que el capitalismo industrialista del siglo XIX que lo consideraba un espacio a conquistar.

Decíamos al comienzo que la historia de un nombre no es idéntica a la historia del concepto que determina. La "relación sociedad-naturaleza" para aceptar un término sociológico existió siempre, desde que existe la sociedad. En cambio, la determinación conceptual de ese vínculo comenzó a existir en el momento en que se decidió estudiar, justamente, lo que producía, lo que emergía de la relación entre la sociedad y la naturaleza. El medio ambiente es una denominación moderna. Contaminación existió siempre que una sociedad transformó el espacio natural, y esta alteración provocó siempre consecuencias; en todo caso no hubo antes quien las describiera. Dice el ácido protagonista de una novela de Arturo Pérez-Reverte: "Tsunamis hubo siempre; solo que ahora hay quienes construyen hoteles cinco estrellas en las costas".

Será, entonces, ésta la historia del medio ambiente, denominación curiosa, redundante si las hay. Más curiosa o, incluso, más angustiante desde la negligencia lingüística que expone, es el origen de esa denominación. Cuentan que en ocasión de la primera cumbre mundial de Medio Ambiente, en Estocolmo, en 1972, debían —como ocurre en esa babel que son las reuniones de Naciones Unidas— traducirse los documentos a los diversos idiomas. La base era el inglés y, en él, predominaba la palabra *environment*. No había computadoras, sino mecanógrafas que pasaban de un idioma a otro sin respiro.

Aún hoy, si se usa cualquier buen diccionario, como traducción al castellano de la palabra *environment* aparece "ambiente". En cambio, deseosos de incluir diversas acepciones, los traductores de aquella conferencia internacional tras los dos puntos que seguían a la palabra inglesa *environment* escribieron: entorno, medio, ambiente. Cuentan que desapareció la coma que separaba las palabras medio y ambiente, y así nació "medio ambiente". Y de allí, lo que claramente puede y debe definirse como un barbarismo: "medioambiental" y similares horrores derivados de aquel error provocado por la ausencia de una coma. Es la historia del medio ambiente. O del medio, ambiente.